

Editorial

En apenas pocas semanas, una acumulación de hechos sacudió al mundo en todos los órdenes, con un denominador común: muerte, desolación, destrucción y por sobre todo, miedo a lo que vendrá.

A nivel político

Desde el punto de vista político, la tecnología implacable y silenciosa, encendió la mecha para que miles de jóvenes expresaran su rebeldía vía el uso de Internet en Egipto, y así comenzaron las protestas que llevaron a la impensable revolución que luego se propagó como una mancha de aceite en Marruecos, Argelia, Túnez, Siria, Bareihn, Yemen y Jordania, entre otros países de Medio Oriente. Pueblos cansados de la falta de libertades y de gobiernos autoritarios que parecían eternos.

En Libia primero los aviones de la coalición internacional comandada por EEUU, Francia y el Reino Unido y luego las fuerzas de la OTAN, surcaron los cielos descargando misiles tratando de frenar masacres de civiles y paralizando los pozos petroleros en apoyo de los rebeldes que buscan terminar con una dictadura de 41 años.

Climáticamente

Casi en simultáneo, cayó un aluvión de desastres sobre Japón, país que aún preparado como ninguno para defenderse ante los desastres climáticos, sucumbió con pérdidas hasta ahora imposibles de calcular, pero que en el mejor de los casos suman más de diez mil muertos, seiscientos mil desplazados y más de tres millones de personas sin acceso a agua potable ni a la electricidad.

El alerta nuclear llevó a decir a la máxima autoridad de energía de la Unión Europea, que Japón "estaba en manos de la Divina Providencia" y que la situación de la central nuclear de Fukushima era "apocalíptica" por las explosiones de los reactores y la liberación y contaminación de material radiactivo. La tragedia inició un debate a nivel mundial sobre los avances nucleares que se prolongará y profundizará seguramente.

Económicamente

Todas estas circunstancias, sumadas a una nueva crisis de deuda europea (Grecia, Irlanda, Portugal) y una economía norteamericana aún débil podrían anular cualquier posible recuperación de las principales economías mundiales.

En lo que va del año, el petróleo aumentó considerablemente, y los especialistas no dudan en señalar que pueden volver a aumentar sus precios, provocando un mayor encarecimiento de los alimentos.

Según la FAO, que es en las Naciones Unidas la organización que se ocupa de la Alimentación y la Agricultura, el aumento ya registrado y cosechas escasas, hicieron que pasaran en seis meses a la línea de pobreza más de cuarenta millones de personas.

Estas son señales de impacto económico en muchos rincones del mundo y seguramente alcanzarán a muchas otras regiones del planeta acrecentando la incertidumbre.

Qué mundo nos espera

La población del planeta se duplicó desde la década del 60 pasando de tres mil a casi siete mil millones de personas, de las cuales el sesenta por ciento son menores de 25 años y viven en países en desarrollo.

La extensión del promedio de vida de los seres humanos ha generado a su vez nuevas situaciones, por un lado la necesidad de dar ocupación y calidad de vida a los adultos y por el otro, las dificultades de los gobiernos para el sostenimiento económico de los mismos.

La demanda cada vez mayor de países multipoblados como China o India, con legítimas pretensiones de mejores niveles de vida, agudizarán los precios de los alimentos, pero aumentarán a la vez la brecha entre los que puedan alimentarse y los que no. Basta señalar que cerca de mil millones de personas sufren hambre en el mundo y el treinta por ciento de la mortalidad infantil es producto de la malnutrición.

Qué hacer como cristianos

El tsunami que afectó las costas de Japón parece ser un buen ejemplo de lo que como cristianos experimentamos y parece que debemos esperar del mundo en el que vivimos. Olas de hasta diez metros que se elevan y golpean espiritualmente nuestra fe, haciéndonos perder equilibrio.

La Biblia, nos enseña que vendrán tiempos malos, pero nos exhorta a redimir ese tiempo, en la seguridad de que Dios escucha nuestras oraciones, librándonos de la angustia.

Claman los justos y Jehová oye, y los libra de todas las angustias. Salmo 34:7

Debemos ser consecuentes al orar aún para decirle a Dios que la situación nos abruma, que nos sentimos sobrepasados, tristes.

Pero sepamos que cuando nos preguntemos por qué el cielo parece hacer silencio, es porque el Señor no quiere dejar de escuchar una sola de nuestras palabras.

Miremos a nuestro alrededor.

Cada uno de nosotros como cristianos tenemos víctimas que lamentar, temores que alejar, pérdidas que llorar entre los que nos rodean.

Más que nunca seamos fieles testigos, predicando, llevando la Palabra a quienes no la conocen, ayudando al necesitado, confortando al que lo necesita, haciendo la paz, viviendo rectamente, procurando la justicia y el bien.

Que nuestro accionar diario muestre a Jesucristo en palabra y acción.

Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios, sino como sabios, aprovechando bien el tiempo porque los días son malos.

Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cual sea la voluntad del Señor

Efesios 5:15-17

Compromiso y Sociedad

La dignidad del trabajo: Un valor protestante

La Biblia confiere al trabajo además de una dimensión personal y social otra espiritual.

El trabajo no es exclusivamente trabajo en beneficio del propio trabajador, de su familia o del empresario, sino que es también, y sobre todo, trabajo para Dios.

Félix González Moreno

Pastor de la Primera Iglesia
Evangélica Bautista de Madrid.

Dios trabaja

En la Biblia el trabajo es una dignidad que descansa en la imagen de Dios conforme a la cual fueron creados el hombre y la mujer.

La dignidad del trabajo radica en el hecho de que Dios trabaja.

Ya en el relato bíblico de la creación aparece Dios como un Dios que trabaja.

Así también, el fundamento del decálogo para el descanso semanal lo constituye la idea de que Dios trabajó seis días y descansó el séptimo. De manera que, el trabajo es una expresión de la imagen de Dios conforme a la cual fue creado el hombre.

Debido a que Dios trabaja, el trabajo es una acción revestida de dignidad. La Biblia reconoce la dignidad de todo trabajo. El trabajo no encierra nada denigrante, sino que es expresión de la capacidad creativa de Dios.

No hay ningún trabajo basura –si hay contratos basura–.

Y estos contratos basura no sólo guardan relación con la avaricia de los empresarios, sino también con una pérdida del concepto de la moral del trabajo que ve en ello una acción que se puede devaluar a placer, puesto que ni es expresión espiritual ni sirve a ningún fin superior.

En el mundo griego de la antigüedad el trabajo se consideraba una maldición impuesta a los hombres por los dioses y de la que el ser humano difícilmente se podía evadir.

"Vivir como dios" era vivir sin las molestias del trabajo. En aquel mundo el trabajo era considerado una carga, un servicio de los esclavos a los dioses, que por esto mismo no tenían necesidad de trabajar.

Inspirado en esta lamentable visión del trabajo el hombre antiguo procuraba eludir todo trabajo físico o evitarlo todo lo posible, pues, el trabajo significaba una carga exenta de toda dignidad.

Y es que, el hombre imita a sus dioses.

Pero, lamentablemente, también entre los cristianos se ha conocido y cultivado esta actitud de menosprecio y descalificación del trabajo durante muchos siglos.

Indudablemente se llegó a esta situación por el influjo de la filosofía griega, especialmente de Aristóteles.

Cuando los cristianos cerraron sus Biblias y empezaron a edificar su fe sobre los parámetros de la filosofía griega y su concepción del mundo y de las cosas, nació en la sociedad cristiana el menosprecio hacia el trabajo.

Así, hasta un Tomás de Aquino sostenía que sólo la necesidad obliga a trabajar. De ahí que en la Alta Edad Media se entendiera la conveniencia del trabajo simplemente como un medio para combatir la ociosidad, dominar el cuerpo y ganar el sustento.

Y junto a esta visión nace la tendencia a resaltar la actividad intelectual y espiritual y a menospreciar toda vida activa. De esta manera se eximió de todo trabajo corporal a los caballeros y a los sacerdotes.

La influencia del trabajo

El mundo occidental debe la superación de esta lamentable moral del trabajo a los Reformadores protestantes del siglo XVI.

Fue obra del cristianismo protestante que el mundo llegara a tener otra visión de la naturaleza y el valor del trabajo.

Y la base teológica para este planteamiento la encontraron los Reformadores en el libro sagrado de los cristianos: la Biblia. La antigüedad clásica asignó el trabajo a los esclavos y a las clases inferiores carentes de todo derecho, y consideraba como existencia digna únicamente aquella que se había emancipado de la necesidad de trabajar por un salario.

De esta manera se despojó de toda honra al trabajo relacionado con el esfuerzo físico. Y esta lamentable visión o apreciación del trabajo se cultivó hasta los fines de la Edad Media, hasta la irrupción de la Reforma Protestante.

Para atacar esta idea los reformadores Lutero y Calvino empezaron a utilizar como sinónimos los términos "oficio" y "vocación" para referirse a las tareas cotidianas y a las ocupaciones laborales de los hombres.

Lo hicieron como protesta contra el uso restringido de oficio para referirse a la actividad laboral y vocación para definir el trabajo de la vida monástica o sacerdotal.

Con ello pretendían destruir la doble medida ética al uso con los términos referidos, para demostrar que Dios podía ser glorificado también en el mundo laboral. En especial fue Martín Lutero quien dignificó el trabajo cotidiano y santificó toda actividad laboral que se realiza con un fin económico retributivo.